

# "LA IGLESIA DEBE BUSCAR NUEVAS FORMAS PARA NO LLEGAR TARDE"

**POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DE ESPAÑA, LA IGLESIA NO HA ESTADO EN EL CENTRO DE LA LUCHA ELECTORAL**

MADRID, 21 (INFORMACIONES).

**N**OS encontramos en el umbral de un nuevo mundo cultural, social y políticamente, y la Iglesia ha de buscar nuevas formas de encarnación. Y esto es, a mi juicio, urgente, más bien inaplazable para no llegar tarde», dijo ayer el presidente de la Conferencia Episcopal, cardenal Enrique y Tarancón, en el discurso que pronunció con motivo de la apertura de la vigésima séptima asamblea plenaria de los obispos españoles.

El presidente de la Conferencia Episcopal expuso, en la primera parte de su discurso, el momento de la Iglesia española, señalando que, en las pasadas elecciones, se había preocupado más como ciudadano que como hombre de Iglesia, ya que ésta no debía sentirse influida —ni podía aparecer influida— en el resultado electoral.

La Iglesia como tal —añadió— no quiso entrar en la lucha electoral. Además ha tenido un marcado interés en que no se la considerara como beligerante en un problema que, aun siendo crucial para nuestra Patria y que afectaba a valores trascendentales, debía ser debatido en el terreno de las opciones personales. «Yo, estaba seguro además —dijo— de que la Iglesia había de salir purificada, ennoblecida y hasta potenciada de este proceso.»

Monseñor Tarancón indicó que quizá por primera vez en toda la historia de España no ha estado la Iglesia en el centro de la lucha electoral ni se ha manifestado con motivo de la propaganda aquel anticlericalismo feroz que surgía siempre en las luchas políticas. Después de señalar que esta actitud podría deberse a que han cambiado las tácticas, manifestó que existían las mismas razones y aún mayores que en otras ocasiones, y subrayó: «Estoy convencido de que este hecho nos da una mayor independencia y más autoridad para nuestra actuación en el futuro, en el que habremos de seguir recordando derechos y deberes a unos y a otros, actuando como conciencia crítica de las mismas opciones políticas y proyectando la luz de la fe sobre toda la vida de los hombres.»

En este sentido, el cardenal Tarancón señaló que, desde hace años, la postura de la Conferencia Episcopal se ha basado en los principios siguientes: la independencia de lo político; el reconocimiento del valor de lo temporal, por sí mismo, y de sus peculiares reglas de juego, que nosotros habíamos de respetar; la renuncia al Poder, económico y político, para que apareciera claramente la faz evangélica de la Iglesia; el compromiso por la justicia, que importaba el ser conciencia crítica de las justicias sociales y el tomar decididamente la causa de los pobres, así como el reconocimiento de la libertad religiosa en el ordenamiento civil, renunciando a los privilegios.

En la segunda parte de su discurso, monseñor Tarancón

se refirió a las tareas que se abren para la Iglesia española cara al futuro, dentro de una sociedad democrática, secularizada, religiosamente pluralista, en la que el magisterio de la Iglesia no siempre es aceptado cordialmente por muchos. Y señaló como primer objetivo el «reconstruir el significado del ser cristiano», «porque —dijo— con buena voluntad sin duda, pero con no suficiente seriedad, algunos cristianos quieren hacer compatible la fe con todas las ideologías, con todas las posturas, con todas las concepciones de la vida».

Urge —añadió— reconstruir la unidad eclesial en todos los estratos de la Iglesia, pero principalmente entre los sacerdotes y los religiosos. Esa unidad exige, según el cardenal Tarancón, la unidad en la fe, según las enseñanzas del magisterio auténtico; el reconocimiento explícito de la dimensión institucional de la Iglesia, y el fortalecimiento de la autoridad, de acuerdo con los conceptos vertidos sobre el tema por el Concilio Vaticano II.

Para el cardenal Tarancón es preciso pensar en la promoción y fortalecimiento de las asociaciones de seglares; «como un instrumento indispensable para la presencia efectiva de la Iglesia en esa sociedad futura», así como organizar la presencia de la Iglesia en las distintas actividades y estructuras sociales. Finalmente se refirió a la necesidad de formar criterios uniformes respecto a la confesionalidad del Estado, a la enseñanza, matrimonio y familia y a la economía de la Iglesia.

El cardenal Tarancón se mostró optimista cara al futuro, y subrayó que el pueblo «ha dado una gran prueba de maduración y podrá establecerse correctamente el diálogo democrático, consiguiendo que España sea para todos y superándose los enfrentamientos que tantas veces nos han dividido a los españoles».

## PALABRAS DEL NUNCIO

A continuación pronunció un discurso el nuncio de Su Santidad en España, monseñor Dadaglio, quien dijo que «una época como la que comienza constituye cuando menos un reto a la creatividad de la Iglesia para que defina nitidamente su identidad en una España pluralista».

Después de señalar que la Santa Sede seguía con profundo respeto los pasos que el pueblo español va dando hacia la convivencia pacífica y en libertad, indicó que



el Vaticano se mantendrá siempre dispuesto al diálogo fecundo con las autoridades españolas. «Fieles al Concilio Vaticano II —añadió—, a las directrices del Santo Padre y a las sugerencias de la Conferencia Episcopal, deseamos que, en pleno reconocimiento de la autonomía del Estado y de la libertad religiosa de los ciudadanos, se asegure a la Iglesia el cumplimiento de su misión y se tenga en cuenta el peso de la fe católica en vuestro ser histórico y en vuestra comunidad nacional.»

Señaló a continuación las tareas que le quedaban por delante a la Iglesia católica en España, después del reconocimiento de la autonomía en el nombramiento de los pastores, y enumeró las siguientes: la revisión de las circunscripciones eclesiásticas, cuando lo exijan los intereses pastorales; la mejor comunicación de bienes entre las diócesis; la actualización de la formación de los aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa; la potenciación de las Universidades eclesiásticas; la puesta al día de la pastoral juvenil y obrera, y la reactivación de la vida de fe, en primer lugar de los ministros del Señor, «si queremos edificar el pueblo de Dios».